

EL DESEO.

PERIODICO CIENTIFICO, LITERARIO Y MERCANTIL.

Este número corresponde al Domingo 28 de Julio último.

DESGRACIA Y AMOR.

ARTICULO V.—EL ENFERMO.

En qué estado tan diferente se encuentran ya los corazones de Záida y del Soldado, desde que la mútua comunicacion de sus aventuras, les ha desahogado del enorme peso que los oprimia! Qué medicina tan consoadora y eficaz son para un pecho afligido las lágrimas compasivas de otros ojos humedecidos por la desgracia! Ya no lloran nuestros jóvenes cuando se encuentran separados, y sus suspiros salen con mas libertad al aire libre. Tienen que dividir su sentimiento entre sus penas y las del amigo á quien las confiaran, y por lo tanto el sentimiento se debilita: un recuerdo de que existe en el mundo otro ser igualmente desdichado, cuya compasion no pueden poner en duda y en cuyo auxilio confian en su desconsuelo, viene á calmar su padecer; y la sonrisa no huye ya de sus labios como en los dias de la desesperacion.

Diariamente repiten sus entrevistas en el mismo lugar por un corto espacio de tiempo: cada vez son mayores las pruebas de amistad y de confianza; y como, por no pasar de amigos verdaderos, jamás tienen recelos ni exigencias, nada turba la dulzura de su conversacion. El Cristiano habia instado varias veces á Záida, porque le permitiese ayudarle á cu-

rar á su anciano padre, de quien solamente oía los quegidos por fuera de la cabaña. Tus fuerzas, hermosa sarracena, la decia, no son bastantes para mover un cuerpo descuadernado y moribundo, que no puede ayudarte con las suyas: llegará un dia, llegará un momento en que esas fuerzas te falten á la vista de los padecimientos del hombre á quien debes el ser, y acaso tú misma contribuyas á acelerar su muerte: acaso, y perdóname si te aflijo, llegará el instante en que debas quedar sola en el mundo, porque tu padre vaya á gozar de vuestro paraiso: y si entonces no tienes en el acto á quien volver los ojos, en quien depositar las tiernas lágrimas de la despedida filial, ¿cual no será tu desconsuelo? Permíteme, ó Záida, que le vea, que le aplique con igual cariño que tú las medicinas que han de prolongar su existencia. Ah! si yo fuese tan feliz que pudiera descubrir el secreto de su curacion! Si pudiese decirte algun dia, me salvaste la vida y en cambio te devuelvo la de tu padre!—Es imposible, Gonzalo; te lo repito. Mi padre, enemigo implacable de los Cristianos en su vida, creería que venias á hacer mas amargos sus últimos suspiros, y á gozarte en las angustias de su muerte. Bien lo sabes; un delirio casi continuo le hace maldeciros á cada momento: tu vista acaso le haria mas palpable la realidad, y entonces en un acceso tal de desesperacion, ¿quién podria responder de los resultados? El bálsamo que últimamente me tragiste le produce un efecto maravilloso: esperemos, y tal vez en situacion mas tranquila, podamos